

Análisis sociotécnico de prácticas de gestión menstrual.

Confinamiento, materialidad y controversias ecológicas

Olga Sabido Ramos

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, México

oasr@azc.uam.mx

DOI: 10.32995/0719-64232024v10n19-158

Análisis sociotécnico de prácticas de gestión menstrual.

Confinamiento, materialidad y controversias ecológicas

Olga Sabido Ramos

RESUMEN

Desde un enfoque sociotécnico, se analizan los efectos del primer año del confinamiento pandémico en prácticas de gestión menstrual. Este enfoque recupera aportes de la teoría del actor red (TAR), en específico, contribuciones de Bruno Latour, Vinciane Despret, Annemarie Mol y Ellen van Oost, para explicar la forma en que se ensamblan cuerpos, artefactos y “condiciones de habitabilidad” (Latour, 2021) desde una perspectiva de género y feminista. Se analizan los resultados de una encuesta virtual aplicada en 2021 cuya muestra intencional se acotó a la Zona Metropolitana del Valle de México (n=841). Entre los hallazgos destacan cómo la circulación de artefactos asociados a prácticas de gestión menstrual supone condiciones materiales (normativas, económicas, espaciales) y mecanismos corpóreo-afectivos de aprendizaje (aprender a *ser afectadas*). Se identifica cómo el confinamiento implicó la elección o necesidad de uso de nuevos artefactos además de una asociación entre prácticas de gestión menstrual y controversias ecológicas. Finalmente, se reflexiona en cómo un enfoque sociotécnico permite considerar la materialidad de las prácticas y comprender cómo estas se relacionan con la circulación y uso de objetos producidos por grandes industrias y sus laboratorios, los cuales impactan en los cuerpos y se convierten en desechos que afectan el medioambiente, generando diversas controversias ecológicas.

PALABRAS CLAVE

TAR, sociotécnica, menstruación, controversias ecológicas

Socio-technical analysis of menstrual management practices.

Confinement, materiality and ecological controversies

Olga Sabido Ramos

ABSTRACT

From a socio-technical approach, the effects of the first year of pandemic confinement on menstrual management practices are analyzed. This approach recovers contributions from the actor-network theory (ANT), specifically, we work on the contributions of Bruno Latour, Vinciane Despret, Annemarie Mol and Ellen van Oost, to explain the way in which bodies, artifacts and “conditions of habitability” (Latour, 2021) are assembled from a gender a feminist perspective. We analyze the results of a virtual survey applied in 2021, whose sample was intentionally limited to the Metropolitan Zone of the Valley of Mexico (841 participants). The findings highlight how the circulation of artifacts associated with menstrual management practices involves material conditions (normative, economic, spatial) and corporeal-affective learning mechanisms (learning to *be affected*). It then identifies the influence of confinement on the choice or need to use new artifacts and an association between menstrual management practices and ecological controversies. Finally, we reflect on the possibility provided by the sociotechnical approach to understand the materiality of practices and their relationship with the circulation and use of objects produced by large industries and their laboratories, which impact on bodies and become waste that affect the environment, generating various ecological controversies.

KEYWORDS

ANT, Sociotechnics, Menstruation, Ecological Controversies

INTRODUCCIÓN

En el campo de investigación internacional sobre los estudios críticos de la menstruación (Bobel *et al.*, 2020), se ha señalado que esta no solo es narrativa y representación cultural, también es “un fluido producido por el cuerpo que se puede ver y sentir, una realidad que da lugar a una gama de materiales y productos diseñados para absorberla o contenerla.” (Hasson, 2020, p. 669). Analíticamente hablando, esto permite considerar que la menstruación pueda entenderse como producto de *sentido* y además como hecho *material*.

El objetivo de este texto es ofrecer un análisis sociotécnico con enfoque de género y feminista para examinar las condiciones materiales de las prácticas de gestión menstrual y las asimetrías que estas implican. Se considera el impacto del primer año de confinamiento debido a la pandemia de COVID-19 sobre estas prácticas en mujeres y personas menstruantes¹ de la Zona Metropolitana del Valle de México. Se propone este enfoque ya que considera la materialidad de las prácticas (Reckwitz, 2002a) y permite comprender cómo se relacionan con la circulación y uso de objetos producidos por los laboratorios de las grandes industrias, los cuales tienen impacto en los cuerpos generizados y se convierten en desechos que afectan el medioambiente y ocasionan controversias ecológicas.

Para sostener un enfoque sociotécnico recuperado, en la primera parte, aportes de la teoría del actor-red para el estudio de los cuerpos (Sabido

1 No todas las mujeres menstrúan, y además existen hombres trans o personas no binarias que lo hacen.

Ramos, 2022a). Esto a partir de las perspectivas de autores como Bruno Latour, Vinciane Despret y Annemarie Mol, quienes posibilitan el abordaje de las prácticas con énfasis en la dimensión material y en los procesos de aprendizaje que atraviesan los cuerpos en relación con los artefactos. En la segunda parte, delimito las particularidades de un análisis sociotécnico con enfoque de género y feminista, donde será de gran relevancia la noción de guion de género (*gender script*) de Ellen van Oost, quien entiende que en los artefactos u objetos técnicos se inscriben no solo reglas morales sino también expectativas de género que afectan la *performance* de los cuerpos y su sentir. También se aborda el planteamiento de Langdon Winner respecto a cómo los artefactos tienen política, en tanto encarnan formas específicas de poder. En este caso, es posible afirmar de forma más precisa que en ellos se inscriben políticas de género. De igual modo, los artefactos se enlazan con el poder económico (Winner, 2008) a través de la industria asociada a los productos de gestión menstrual y sus laboratorios, con altos costos para el medioambiente y la salud.

En la tercera parte, planteo la nota metodológica que explica el registro de un instrumento que apliqué en marzo del 2021, relacionado con la experiencia de la menstruación en México en el contexto de la pandemia. A su vez, el cuarto apartado está dedicado a las prácticas de gestión menstrual durante el confinamiento y una controversia ecológica. Se dividen los hallazgos en tres rubros: a) mecanismos de aprendizaje sobre el uso de artefactos en las prácticas de gestión menstrual, b) el impacto del confinamiento en dichas prácticas y la aparición de nuevos artefactos, y c) la relación de las prácticas de gestión menstrual con una controversia ecológica que modificó el uso de artefactos. Por último, en las conclusiones reflexiono sobre los alcances de un enfoque sociotécnico para pensar los cuerpos y sus condiciones de cohabitación ecológica.

APORTES DE LA TEORÍA DEL ACTOR-RED AL ESTUDIO DE LOS CUERPOS

La teoría del actor-red (en adelante TAR) es un enfoque teórico-metodológico cuyo origen se remonta a los estudios sobre ciencia, tecnología y sociedad de Bruno Latour, uno de sus principales representantes, aunque no el único. También destacan los aportes de John Law, Annemarie Mol, Ellen van Oost y filósofas que dialogan con esta perspectiva como Vinciane Despret o Donna Haraway, entre otras. Algo que la caracteriza es el cuestionamiento de ciertas nociones “clásicas” de la sociología, como la idea de actor y la definición de “lo social”, por ejemplo (Lezaun, 2019, p. 349; Salinas, 2024). Para la TAR, un bote de basura, una copa menstrual, una toalla sanitaria, las transnacionales que producen industrialmente tales artefactos y cuentan con laboratorios para ello, o una legislación sobre los plásticos de un solo uso, tienen incidencia en el curso de las acciones y, por lo mismo, bajo este enfoque, esas entidades pasan a convertirse en *actantes* (Latour, 1998; 2008). Es decir, pueden llegar a actuar como sujeto de un predicado, en tanto *nos hacen hacer* (Hennion, 2017, p. 5) y *sentir* (Sabido Ramos, 2022a, p. 262). Como compartió una participante en esta investigación: “El hecho de no acceder a tampones por la Ley de Residuos me ha hecho sentir incómoda y molesta, pues ya no encuentro el producto que usaba antes”. La TAR desesencializa la noción de actor como una entidad exclusivamente humana y traslada la atención al estudio de las prácticas (Reckwitz, 2002a), coproducidas tanto por humanos como por no humanos.

Junto con lo anterior, la noción de red hace alusión a la estrategia analítica de seguir el rastro de diversos actores que están en movimiento y que se relacionan entre sí. La red es, metafóricamente, como el hilo de Ariadna (Latour, 2007, p. 18) de la mitología griega. Este concepto es una estrategia que sigue el rastro de conexiones o asociaciones. En otras palabras, la red permite relacionar diversas entidades que la mayor parte de las veces no se agotan en el orden de la interacción. Por eso, para la TAR, la sociología no

debe entenderse como la ciencia de “lo social”, sino más bien como el “rastreo de asociaciones” (Latour, 2008, p. 19). Si bien los factores culturales son relevantes para entender esta red, algo que enfatiza la perspectiva en cuestión es la atención en la materialidad y su capacidad de coproducir acciones.

Diferentes enfoques de la TAR ofrecen una conceptualización de los cuerpos pertinente para el registro de la red de relaciones. El atractivo de la definición del cuerpo en Latour (2002; 2004) consiste en que cuestiona la mismísima visión antropocéntrica que se tiene de él: “¿Qué es un cuerpo humano, si el número de microbios necesarios para su mantenimiento supera en varios órdenes de magnitud al número de células?” (Latour, 2021, p. 62). Como he señalado en otro lugar (Sabido Ramos, 2022a, p.240), un abordaje latouriano permite entender que virus, microbios, bacterias, vacunas, laboratorios, prótesis, biotecnologías o industrias farmacéuticas son parte de un *continuum* que intersecta a los cuerpos. De esto se desprende, entonces, que para Latour (2021, p. 118) los cuerpos presuponen “condiciones de habitabilidad” en tanto están ensamblados con otros seres vivos, materias y organismos. Sin embargo, la propuesta de la TAR no se detiene en el cuerpo, como si fuera parte de un *homo clausus*; antes bien, posibilita seguir el rastro de los daños medioambientales y sus impactos en él y en las comunidades que cohabita, así como las controversias políticas, técnicas, económicas, éticas, ecológicas y jurídicas vinculadas (Hetherington, 2020).

Así, el cuerpo es afectado por diversas agencias (Latour, 2002) que se superponen y que van desde lo biológico, político, físico, químico, técnico, económico, moral, jurídico hasta lo ecológico. Por lo anterior, Latour (2004; 2021) recoge la condición de *aprender a afectar y ser afectado* como principio constitutivo en la definición de cuerpo (Sabido Ramos, 2022a, p. 243). Esta idea la retoma de Vinciane Despret (2008), quien propone una noción de cuerpo a partir de la apropiación de Baruch Spinoza, William James y Gabriel Tarde. Según Despret (2018), este último permite pensar en una “interfisiología”, en la mutua afectación de los cuerpos o en “una ciencia del agenciamiento de los cuerpos” (p. 23) tanto humanos como no humanos:

“El cuerpo, en esta perspectiva, recupera la proposición spinozista: se vuelve el sitio de lo que puede afectar y ser afectado” (Despret, 2018, p. 23). Por otro lado, la definición pragmatista de James sostiene que una teoría de los cuerpos afectados y capaces de afectar es también una teoría de las emociones (Despret, 2008, p. 250). Así, el cuerpo se ve afectado y es capaz de afectar, tanto a otras personas como a los animales u otras entidades vivas/inertes y viceversa (Despret, 2008, p. 245). Esta mutua afectación genera diversos estados afectivos. Por ejemplo, las manchas de menstruación en la ropa o en los sillones funcionan como extensión del cuerpo y provocan vergüenza, la cual tiene efectos en la *performance* de las personas, en lo que hacen y dejan de hacer (Sabido Ramos, 2022b).

En otras palabras, el afectar de las cosas tiene un impacto en lo que los cuerpos sienten y hacen (Sabido Ramos, 2022a, p. 245). No se trata de una afectación pasiva, sino que implica *sentir cosas y hacer o dejar de hacer cosas*, incluso con otras entidades no humanas (Despret, 2018, p. 21). Latour, por su parte, incorpora la dimensión del aprendizaje al señalar que no sólo afectamos y somos afectados, sino también que aprendemos (Latour, 2004, p. 205). Así, podemos decir que pasamos por un proceso de *aprendizaje* permanente, desde el complicado acto que implica ponernos y abrocharnos un suéter en nuestra primera infancia, hasta el uso de un bastón en la vejez o un nuevo producto para la gestión menstrual en la adolescencia (o incluso en la adultez).

Otra de las aportaciones fundamentales de la TAR al concepto de cuerpo es la que brinda Annemarie Mol (2021) con su etnografía sobre la aterosclerosis, una enfermedad de las arterias. Mol (2021, p. 6) plantea que, si partimos del nivel analítico de las prácticas para estudiar cualquier objeto, “la realidad se multiplica”. En este sentido, la autora estudia una cantidad significativa de prácticas médicas sobre el cuerpo y dicha enfermedad (como diagnosticar, medir, auscultar, leer e interpretar los análisis, revisar las imágenes, diseccionar), y descubre que este es múltiple, mas no porque esté fragmentado sino porque cada práctica enfatiza una dimensión

suya. Esta perspectiva también resulta relevante puesto que desustancializa la noción de cuerpo y traslada la atención a las prácticas.

A partir de lo anterior es que propongo entender la gestión menstrual desde la escala de las prácticas (Reckwitz, 2002b; Mol, 2021), porque es un tipo de comportamiento relativamente rutinario que consta de formas diferenciadas de hacer usos del cuerpo; saberes compartidos entre pares y generaciones; formas de afectar y ser afectadas, así como el aprendizaje de ello; y, principalmente, implica utilizar artefactos u objetos técnicos (paños, toallas sanitarias, tampones, papel, periódico, copa menstrual, calzones absorbentes, entre otros) para contener la sangre menstrual. Como cualquier práctica social, la gestión menstrual está generizada y tiene dimensiones corporales, mentales, afectivas y materiales (Reckwitz, 2002b). El siguiente apartado enfatiza esta última dimensión de la mano de un enfoque socio-técnico que destaca la imbricación con otras materialidades y con el ámbito medioambiental.

SOCIOTÉCNICA, GÉNERO Y MEDIOAMBIENTE

La TAR se basa en un principio de simetría que busca superar las divisiones tradicionales entre naturaleza y sociedad, cuerpo y sociedad, humanos y animales, así como entre técnica y sociedad. Este enfoque promueve “abandonar la división artificial entre dimensiones sociales y técnicas” (Latour, 2008, p. 129). Según Latour (2017, p. 24): “Nadie ha visto nunca técnicas, ni nadie ha visto nunca humanos. Solo vemos ensamblajes, crisis, disputas, inventos, compromisos”.

Pero ¿qué es una técnica? Heinrich Popitz (2019) nos recuerda que la palabra tiene sus raíces en el griego *techné*, que se refiere a “una capacidad especial, una habilidad del ser humano de modificar deliberadamente la hechura de las cosas” (p. 170). Así, una definición operativa de técnica supone que la entendemos como algo que “el ser humano *hace*, que pone en marcha, a diferencia de aquello que ha devenido y crecido sin intervención humana”

(Popitz, 2019, p. 164). En este sentido, “los objetos técnicos son artefactos, algo artificial, algo hecho hábilmente” (ibid.). Como señala Latour (2017): “Nadie ha observado nunca una sociedad humana que no se vea confortada, reforzada por las cosas” (p. 44). Vale decir, por objetos técnicos.

Los objetos técnicos o artefactos extienden la capacidad de nuestro cuerpo y con ello nuestra capacidad de sentir, hacer o dejar de hacer (Sabido Ramos, 2022a). Sin embargo, Latour (2017) añade un aspecto de gran relevancia, y es que estos también exteriorizan las fuerzas de la sociedad: “No tenemos reparo en admitir que las técnicas son la prolongación de nuestros órganos. Sabemos desde hace tiempo que son un factor de multiplicación de la fuerza. Simplemente habíamos olvidado que son un medio de delegación de nuestra moral” (p. 41). En otras palabras, la TAR nos permite entender los procesos de estabilización de lo social (Domínguez, 2008, p. 86) y la moral a partir de los objetos técnicos o artefactos y su coactuación con nuestros cuerpos. Así, la propuesta de este enfoque no es un análisis de la “sociedad” a secas, ni tampoco de la “técnica” en abstracto; más bien es “expeditivamente «socio-técnica»” (Latour, 2017, p. 33).

Ahora bien, algo que Latour no destaca es que la inscripción de reglas morales en los objetos técnicos o artefactos también supone un orden de género. El giro feminista en las investigaciones de ciencia y tecnología consistió en trasladar la atención de los artefactos al impacto en quienes los usan, así como en quienes los diseñan (Oudshoorn y Pinch, 2003). En ese contexto, Ellen van Oost acuñó la categoría “guion de género” (*gender scripts*), que se refiere a cómo las representaciones de género que tienen los diseñadores (en su mayoría hombres) se inscriben en la materialidad de los artefactos (van Oost, 2003, p. 195). Para esta autora, el uso de los artefactos y los guiones de género presentes en ellos pueden contribuir a perpetuar o reforzar las definiciones de género imperantes (2003, p. 196).

No obstante, el artefacto no impone una identidad de género en sí, ya que es posible que se negocie o rechace el guion de género, pero sí inhibe o fomenta ciertas posibilidades del cuerpo y no otras (van Oost, 2003, p.

196). En una línea de argumentación similar, Eugenia Tarzibachi (2017) utiliza el concepto de *somatecnia* para no separar cuerpo (*soma*) y tecnología (*tecnia*) y demuestra que “hay una mutua formación” (p. 67) entre ellas que subyace a la gestión menstrual. Por lo demás, el trabajo de van Oost nos permite cuestionar qué implicaciones tiene el diseño de los artefactos y cómo repercute en las usuarias el hecho de que, en su mayoría, los diseñadores sean varones.

Las normas de género hegemónicas respecto a *cómo debe* comportarse un hombre o una mujer conllevan un proceso de aprendizaje relacionado no solo con los cuerpos, sino también con el uso de artefactos. En el caso de los artefactos que se vinculan con las prácticas de gestión menstrual, encontramos una clara impronta de género. Por ejemplo, el diseño de las toallas sanitarias usa tonos cromáticos que se asocian a una idea de femineidad y aromas que corresponden a “normas olfativas de género” (Low, 2009; Synnot, 2003). En otras palabras, estos artefactos llevan impresas nociones morales de la sociedad bajo las formas de ciertos mandatos de género, en este caso, normas visuales y olfativas respecto a cómo debe verse y oler un cuerpo *femenino*. En ese sentido, se ha descubierto que en los laboratorios se emplean productos químicos para la fabricación especial de “aromas femeninos” (Marroquin *et al.*, 2024, p. 658), con secuelas perjudiciales para la salud. Incluso se han asociado enfermedades con potencial cancerígeno al uso de productos etiquetados para la “higiene vaginal” (Kukso, 2019, p. 241), sin mencionar las consecuencias negativas para el medioambiente (Felitti, 2016; Kukso, 2019; Gómez y Marco 2020; Harrison y Tyson, 2023).

Por lo anterior, podemos decir que además de la moral que subyace a los artefactos también hay poder. Como plantea Winner (2008, p. 41), estos encarnan formas específicas de poder y autoridad no porque escondan una voluntad maligna, sino porque tienen consecuencias en los tipos de asociación humana. En un razonamiento afín, Popitz señala que esa es justo una dimensión del poder, pues con los artefactos “instauramos datos a los

que otros seres humanos están expuestos” (p. 169). Se trata de una forma de ejercer el poder, materializado. En la misma línea argumentativa, para Winner (2008) los artefactos, y no solo las personas, cuentan con “disposiciones técnicas” que tendrán consecuencias en los tipos de asociación: “Muchos artefactos y sistemas técnicos que son importantes en la vida cotidiana contienen posibilidades para ordenar la actividad humana de maneras muy diversas” (Winner, 2008, p. 36). El hecho de que en ellos opere un guion de género implica, entonces, que encarnan asimetrías, es decir, que también conllevan políticas de género.

Considerar la materialidad de las prácticas y el carácter político de los artefactos posibilita entender su relación con la economía (Winner, 2008), pues estos son producidos por las grandes industrias y sus laboratorios y, como se ha señalado, se terminan convirtiendo en desechos que impactan luego sobre el medioambiente. O viceversa: la crisis ambiental, la falta de agua asociada a estas industrias y sus procesos de fabricación, tiene un impacto en las prácticas de gestión menstrual y en la salud. En este sentido, Tarzibachi (2017; 2020) ha investigado el desarrollo de la industria transnacional productora de diversos artículos para la gestión menstrual, desde toallas sanitarias, tampones, protectores diarios, jabones, toallas íntimas, desodorantes vaginales, sumada a la industria farmacéutica que ha medicalizado la menstruación. Este mercado se ha autodenominado industria del “cuidado personal femenino” (*femcare*) (Tarzibachi, 2017; 2020) y comercializa sus productos alrededor de varios países del mundo, a través de compañías transnacionales como Johnson & Johnson, Klimerly-Clark o Procter & Gamble. En paralelo, el acceso a estos artículos, así como a espacios físicos seguros, agua potable y educación sobre salud sexual, no está asegurado para todas las personas menstruantes, lo que ha llevado a hablar de pobreza menstrual (*period poverty*) a nivel global (Serendipia, 2021; Harrison y Tyson, 2023).

Harrison y Tyson (2023) señalan que, además, existen diversos indicadores que apuntan al impacto ambiental de los productos en cuestión, basa-

dos en “cálculos de agotamiento de combustibles fósiles, uso de minerales y emisiones de gases en los procesos de fabricación de productos; el potencial de calentamiento global (es decir, huella de carbono); y la cantidad de residuos menstruales generados” (p. 378). Por poner un ejemplo, las toallas sanitarias tardan entre 500 y 800 años en descomponerse (Harrison y Tyson, 2023, p. 379). El impacto ambiental deriva del uso de materias primas, energía y agua, así como los ingredientes que se utilizan en la fabricación y que llegan hasta el océano y ecosistemas marinos en forma de microplásticos (Harrison y Tyson, 2023, p. 379). A su vez, otro estudio demuestra que los químicos empleados en laboratorios pueden tener consecuencias en la salud (Marroquin *et al.*, 2024). Este escenario ha dado lugar a nuevas formas de activismos orientados al autocuidado y al cuidado del medioambiente (Felitti, 2016; Gómez y Marco 2020; Ramírez, 2022; Suárez *et al.*, 2023).

Como indica Felitti (2016, p. 182), la asociación entre movimientos feministas y ecologistas contras las empresas o “militancia contra las corporaciones” no es nueva. Ya en la década de los setenta, en Estados Unidos, diversas denuncias de usuarias permitieron dar a conocer el llamado “síndrome de shock tóxico” producido por tampones industriales superabsorbentes (Felitti, 2016; Gómez y Marco 2020). Estos precedentes y la actual crisis medioambiental explican las nuevas formas de relación con los ciclos menstruales asociados al llamado feminismo de la tercera ola o marea roja (Gómez y Marco 2020), como también las nuevas prácticas de gestión menstrual relacionadas con el cuidado ecológico y diversos activismos (Felitti, 2016; Gómez y Marco 2020; Ramírez, 2022; Suárez *et al.*, 2023).

Si consideramos lo expuesto hasta aquí, entonces, es que podemos apuntar la pertinencia de un enfoque sociotécnico relacional que sostiene que los cuerpos *afectan y son afectados* por diversas agencias (Latour, 2002). De esta forma, por ejemplo, ¿cómo comprender que los cultivos de algodón y el uso dañino de pesticidas (Harrison y Tyson, 2023, p. 379) están relacionados con la producción de artefactos que se emplean en prácticas de gestión menstrual? ¿Qué impacto tiene para las practicantes usar artículos fabrica-

dos con algodón o plásticos? ¿Qué consecuencias tiene esto para el medio ambiente? Y, finalmente, ¿cómo es que todo lo anterior se relaciona? Ante este tipo de asociaciones es que resulta oportuno un enfoque como la TAR, ya que logra asir los hilos que interconectan a los cuerpos y entidades no humanas en diversos planos. A continuación, se exponen algunos hallazgos y su interpretación enmarcada en la propuesta, para sostener su pertinencia.

NOTA METODOLÓGICA

Durante la pandemia, la menstruación se convirtió en un tema político tanto a nivel nacional como internacional. Al igual que otros recursos, se puso en evidencia que los artefactos o tecnologías de la gestión menstrual (*menstrual management technologies*) (Hasson, 2020, p. 669) no están al alcance de todas las personas menstruantes (Serendipia, 2021; Harrison y Tyson, 2023), como fue el caso de poblaciones callejeras (Álvarez y Loeza, 2021) o carcelarias (Leyva y Maldonado, 2021). Así, los efectos de la pandemia dilataron las condiciones de desigualdad entre los cuerpos, y aunque estas no iniciaron en ese período sí podría decirse que se radicalizaron. En México, en el año 2020 arrancó a nivel federal la Jornada Nacional de Sana Distancia (JNSD) para contener las consecuencias de la crisis sanitaria. En ese contexto, diversos activismos feministas encabezados por la organización Menstruación Digna pusieron en el debate público, político y legislativo el tema de la menstruación y, específicamente, de la gestión menstrual².

En 2021, apliqué una encuesta virtual relacionada con la experiencia de la menstruación bajo las circunstancias de ese período. Durante la pandemia, el uso de las encuestas virtuales fue una estrategia de investigación

² En México, activismos feministas como el encabezado por Menstruación Digna han contribuido a impulsar políticas y leyes al respecto (Serendipia, 2021). En ese contexto, es importante destacar la consulta “Hablemos de higiene menstrual”, lanzado en conjunto por UNICEF y Menstruación Digna (UNICEF, 2021).

recurrente en tanto suponía bajos costos, era mayor la velocidad con la que se obtenían las respuestas y el procesamiento para quienes las aplicaban (Frippiat y Marquis, 2010). No obstante, es un hecho que solo cierta parte de la población puede acceder a las encuestas en línea, dado que se requiere tener internet, dispositivos de conexión y conocimiento de su uso. Según la Encuesta Nacional sobre Disponibilidad y Uso de Tecnologías de la Información en los Hogares (ENDUTIH) del 2022, el 72% de la población de seis años o más en México (84.1 millones de personas) utilizaba internet, y se daba más en las áreas urbanas que en las zonas rurales (78% frente a 50.4%). Si somos congruentes con el enfoque sociotécnico, cabe destacar que estas condiciones acotan un perfil de participantes, vale decir, población urbana, de clase media y con escolaridad.

De esta manera, el cuestionario se dividió en cuatro apartados y en total se enumeraron 42 preguntas. El primero recogió datos generales, como lugar de residencia, edad, género, orientación sexual, ocupación, estado civil y escolaridad. Los apartados 2 y 3 se enfocaron en la percepción social de la menstruación y en manchar la ropa u otros artículos (sábanas, sillas, sillones, asientos). El cuarto, finalmente, retomó la experiencia de la menstruación durante el confinamiento. A su vez, el cuestionario se integró por preguntas de opción múltiple (una sola opción y más de una opción), abiertas y dos imágenes de elicitación (Sabido Ramos, 2022b). Para este texto se recuperaron algunas de las respuestas a las preguntas abiertas, puesto que no se pretende cuantificar experiencias sino recopilar relatos que pueden ser explicados desde el marco analítico construido.

El número total de cuestionarios respondidos fue de 1.164, aunque la muestra intencional se acotó a 841 resultados considerando solo a las personas de la Zona Metropolitana del Valle de México³. Allí se concentró la mayor cifra de respuestas con un 72.2%, donde la mayoría de las

3 El Valle de México sigue siendo la zona metropolitana con mayor cantidad de demarcaciones y municipios, en total 76 (16 en la Ciudad de México, 59 en el Estado de México y 1 en Hidalgo).

participantes se identificó con el género femenino (98.9%). Asimismo, las respuestas se agruparon casi en su totalidad en los rangos de edad de 19 a 29 años (50%) y 30 a 39 años (36%). Por su parte, el grado de escolaridad fue: licenciatura (490 personas), preparatoria/bachillerato (141), maestría (134), doctorado (45) y finalmente secundaria (27). Como puede observarse, quienes contestaron tienen un alto grado de escolaridad con relación al promedio general de México⁴.

PRÁCTICAS DE GESTIÓN MENSTRUAL, CONFINAMIENTO Y CONTROVERSIAS ECOLÓGICAS

Aprender a ser afectadas por las cosas

Las prácticas de gestión menstrual conllevan, fundamentalmente, circulación y aprendizaje de saberes. Estos saberes se han transmitido por generaciones y tuvieron que pasar muchos incidentes que implicaron no solo el diseño de artefactos, sino también el aprendizaje de los cuerpos en relación a ellos. En ese sentido, frente a la pregunta “Cuando empezaste a menstruar, ¿qué fue lo más complicado para ti?”, un 38% respondió que usar la toalla y no mancharse la ropa. Así, por ejemplo, una trabajadora administrativa de 34 años sostuvo: “Aprender a usar la toalla y realizar ciertas actividades. Es como usar un pañal y sientes que todo el mundo te mira y lo nota”. Por su parte, una empleada de 29 años agregó: “Aprender a usar toallas, hacer deporte en la escuela, mancharme la ropa”. Aprender a ser afectadas, entonces, implica la incorporación de saberes sobre el uso de la toalla sanitaria y su relación con otro tipo de materialidades como la ropa, tal y como destaca una empleada de 27 años: “Aprender a usar la toalla, saber cuándo me volvería a bajar, no mancharme la ropa, qué tipo de ropa utilizar”. Es imposible

4 Según el INEGI, las mexicanas tienen 9.6 años de escolaridad en promedio (INEGI, 2020), es decir, apenas la secundaria terminada.

no advertir, en este punto, que el imperativo de no mancharse la ropa o la preocupación porque la mancha sea visible ante los demás se relaciona con políticas de género y expectativas sobre la apariencia de los cuerpos femeninos o feminizados (Sabido Ramos, 2022b).

Sin embargo, las prácticas de gestión menstrual no solo tienen que ver con la materialidad de los artefactos y la ropa, también importa el espacio “privado” destinado a la *performance* de estas (por ejemplo, los baños) y los elementos imprescindibles para su ejercicio (bote de basura o papel sanitario). El confinamiento supuso que el desecho de las toallas sanitarias se hiciera estrictamente en el hogar, lo que generó incomodidad y sentimientos de vergüenza, como nos compartió una estudiante de 24 años: “[...] me avergüenza desechar las toallas en el bote de la basura en casa. Y se juntan con los de mi hermana. Antes podía desecharlos en baños públicos”. Bajo la misma perspectiva, una estudiante de 23 años agregó: “La basura del baño es mayor por estar en casa todo el día. Me ocupo de tirar la bolsa de desperdicios higiénicos diariamente cuando estoy menstruando, creo que genera un olor particular en el baño que no quiero que perciba o moleste a mi familia”.

En un sentido similar a los testimonios previamente retomados, una mujer de 39 años responde que estar en confinamiento con su pareja implicó un manejo más consciente de los desechos menstruales: “Sí, ahora mi pareja está todo el día aquí y eso hace que sea más consciente de los desechos relacionados con la menstruación. Por ejemplo, enrollar bien la toalla para que no se abra y se vea la sangre”. De esta manera, podemos apreciar que los desechos de artefactos relacionados con la gestión menstrual se convierten en una extensión del cuerpo y, por lo mismo, en una posibilidad de experimentar vergüenza y recriminación por parte de quien los percibe y juzga. Como extensiones del cuerpo, a los artefactos también se asocian componentes afectivos determinados por políticas de género.

En general, las participantes de la encuesta asumen que contar con condiciones materiales como un baño propio y productos de gestión menstrual significa gozar de privilegios que no todas las personas menstruantes tienen.

Incluso, estas condiciones les permiten una gestión sensorial de los cólicos menstruales más cómoda, como compartió esta estudiante de 22 años:

Creo que mi experiencia es muy privilegiada porque vivo en la ciudad, tuve educación menstrual y acompañamiento, además puedo gestionar la compra de los insumos necesarios. Por eso, desde el privilegio, lo más significativo para mí es que puedo aplicarme calor, parar o estar en posiciones cómodas si siento dolores, y antes no podía.

Si consideramos el principio latouriano respecto al afectar de las cosas, podemos entender que las personas aprenden a ser afectadas por una serie de artefactos y materialidades espaciales relacionadas con la gestión menstrual, que tendrán un impacto tanto en la manera de llevar los cuerpos como en la forma de sentirlos y en sus experiencias afectivas. El uso y manejo de estos artefactos (botes, toallas, ropa, papel, inodoro) supone aprendizajes que están marcados por expectativas de género. Por otro lado, la ropa o los papeles manchados de sangre menstrual se convierten en actantes, en extensiones del cuerpo y sus fluidos y, por lo mismo, tienen efectos en la motricidad y en los afectos que circulan al ser percibidos por otros. En pocas palabras, obligan a realizar determinadas actividades, como envolverlos, esconderlos o elegir qué tipo de ropa utilizar para hacer ciertas cosas y otras no (por ejemplo, deporte). Para decirlo con van Oost, el guion de género inscrito en los artefactos que se usan en las prácticas de gestión menstrual posibilitan o inhiben ciertas *performances* o formas de llevar el cuerpo.

Confinamiento y nuevos artefactos en las prácticas de gestión menstrual

Para algunas participantes, el confinamiento fomentó el uso de nuevos artefactos como las copas menstruales y las toallas de tela, además de prácticas de gestión menstrual como el sangrado libre (*free bleeding*). No obstante, existe un reconocimiento por parte de quienes respondieron la encuesta de

que el uso de estos nuevos elementos requiere que se den ciertas condiciones materiales y espaciales. En algunos casos, el confinamiento garantizó el uso de baño privado y eso daba más comodidad, como respondió una asistente de investigación de 23 años: “Para mí ha sido genial poder cambiar mi copa menstrual en mi propio baño. Era una experiencia muy difícil e incómoda hacerlo en los baños de la universidad. También ha sido bueno que puedo estar más cómoda en caso de tener cólicos”. Asimismo, para otra trabajadora de 27 años el confinamiento facilitó ciertos aspectos en relación a las prácticas abordadas: “Tengo períodos menos estresantes porque no tengo que gestionar todo lo que implica salir a la calle mientras menstrúo (usar cierta ropa, vaciar la copa en lugares públicos, cargar con tampones, cólicos, constante verificación de si me manché)”.

Es importante mencionar que el sangrado libre también posibilitó otra forma de ser afectada por la menstruación. Así lo sostuvo una estudiante de 26 años: “Como hago el *free bleeding*, el confinamiento me ha ayudado a que sea más cómodo todo el proceso de menstruación, puedo ir al sanitario en el momento que mi cuerpo me dice que necesita expulsar sangre sin la presión de estar saliendo ‘muy seguido’ del salón de clases o buscar un sanitario si estoy en la calle”. Para una empleada de 29 años, experimentar el sangrado libre la hizo resignificar el contacto con la sangre menstrual: “Me di el tiempo de mancharme, de dejar fluir la sangre. Al final no me gustó porque debes estarte lavando antes de que se seque y se haga dura, pero me ayudó a perder el miedo de manchar mi cama y ropa. Ya sé que con agua oxigenada se soluciona y aunque no me gusta la sensación de tocar u oler sangre, me siento cómoda al tener contacto con ella”.

En este sentido, la modificación de prácticas de gestión menstrual significó un reaprendizaje en cuanto a los artefactos, así como una conciencia somática distinta. En relación con lo anterior, una profesora de 35 años señaló: “Ha sido una experiencia de reaprendizaje, con altas y bajas. El cambio de la toalla a la copa menstrual no ha sido fácil, pero creo que es un cambio positivo. El aprendizaje ha sido valioso y ahora estoy más conscien-

te de algunas características de mi ciclo que antes no tenía presentes”. De esta forma, el uso de la copa menstrual también ha favorecido otra relación con la experiencia sensorial de la menstruación. Así, por ejemplo, una estudiante de 22 años compartió: “Gracias al uso de la copa he notado que no hay hedor al menstruar, los olores que se han asociado a la menstruación son provocados por los productos como las toallas que tienen una fragancia para ‘ocultarlo’, sin embargo, son los que provocan un olor desagradable”.

Los estigmas asociados al olor de la menstruación tienen diversos orígenes (Johnston-Robledo y Chrisler, 2013; Sabido Ramos, 2022c). Sin embargo, las condiciones materiales representan un peso significativo en su apreciación. En una investigación sobre movimientos sociales en España, Gómez y Marco (2020, p. 169) señalan que los activismos menstruales recientes han hecho frente al “complejo industrial-higiénico-farmacológico” de varias formas. Por ejemplo, el uso de productos alternativos para la gestión menstrual ha permitido identificar, según las propias activistas, “que los materiales mismos con los que la industria elabora estos productos dotan al flujo menstrual de unas características desagradables. Son los tampones y las compresas comerciales las que hacen que la regla huelga mal” (Gómez y Marco, 2020, p. 170). Estos hallazgos coinciden, al mismo tiempo, con la investigación de Felitti (2016, p. 192) sobre activismos en Argentina y la resignificación del olor en el uso de artefactos alternativos a los productos industriales.

Los productos industrializados tienen efectos contrarios a las políticas y normas de género olfativas (Low, 2009). En paralelo, los artículos de “higiene vaginal” (Kukso, 2019, p. 241) con “aromas femeninos” fabricados con componentes químicos nocivos para la salud (Marroquin *et al.*, 2024, p. 658) son una “solución” técnica de laboratorio para resolver el problema que esos mismos productos ocasionaron. Como afirma Synnott (2002, p. 453), se trata de “una conjunción entre patriarcado y capitalismo” a través del olor y sus marcajes de género (en este caso, mediante los artefactos), con un alto costo no solo para los cuerpos generizados sino también para sus condiciones de habitabilidad ecológica.

Prácticas de gestión menstrual y controversias ecológicas

La TAR proporciona una estrategia analítica basada en el seguimiento de controversias para desentrañar las conexiones sociales que ayudan a resolver problemas complejos. Como señala Peláez (2022), estas controversias “proveen al analista un recurso esencial para hacer rastreables las conexiones sociales” (p. 339). Esto desmitifica la miopía analítica que distingue lo “micro” y lo “macro”, pues nos permite apreciar cómo los fenómenos están interconectados en diversos planos. Así, uno de los principales aportes del enfoque sociotécnico en los estudios del cuerpo es que, además de considerar al cuerpo como un resultado de un ensamblaje técnico, también lo ve como co-producido por controversias que abarcan áreas como la economía, la tecnología, la política, la legislación, la ética e incluso la ecología. En este contexto, es relevante examinar cómo la Ley de Residuos Sólidos de la Ciudad de México ha influido en la gestión menstrual y en los artefactos asociados a esta práctica.

Esta ley, publicada en febrero del 2020 en la Gaceta Oficial de la Ciudad de México, prohibió la venta de plásticos de un solo uso, como bolsas, popotes, cubiertos desechables o los aplicadores con los que se colocan los tampones. La ley no se implementó gradualmente sino que de forma repentina (Goodwine, 2021). Aranxa Sánchez y Sofía Sánchez (2021) destacan que, a diferencia de los otros productos mencionados, para muchas personas menstruantes los tampones son artefactos “de gestión menstrual de primera necesidad”. Si bien las autoras coinciden en que es urgente una política ambiental que tenga efectos sobre los altos grados de contaminación que producen los desechos plásticos de la Ciudad de México (según su investigación, se generan alrededor de 13.000 toneladas de basura al día, donde 8.600 se envían a rellenos sanitarios y solamente 1 900 se destinan al reciclaje), también señalan que la medida careció de perspectiva de género, pues no se tuvo en consideración el impacto que tendría en las personas menstruantes (Sánchez y Sánchez, 2021).

En un sentido similar, Kiara Goodwine (2021) destacó que la implementación de la ley corría el riesgo de exacerbar diferencias de género y clase. Y es que el uso de productos menstruales reutilizables requiere condiciones materiales como agua limpia, por ejemplo, y en la Ciudad de México 260.000 hogares carecen de ella (Goodwine, 2021). Además, la autora sumó otro elemento a la controversia al cuestionar si la decisión política fue ética, ya que prohibir el acceso de un artefacto relacionado con prácticas de gestión menstrual, también trastoca el derecho a la “autonomía corporal” (Goodwine, 2021). Sin ir más lejos, el uso de la copa menstrual no se puede pensar como una práctica universal exitosa, no solo por las condiciones materiales y de infraestructura que se requieren, sino también porque la materialidad de los cuerpos no es homogénea. En este sentido, muchas personas menstruantes no consideran que la copa sea una opción o incluso que sea cómoda, como también se identificó en nuestros hallazgos.

Una figura pública que figuró en la controversia fue la entonces jefa de gobierno de la ciudad, Claudia Sheinbaum (Goodwine, 2021), actual presidenta del país. Se cuestionó que la resolución hubiese salido justo en la gestión de una mujer (Goodwine, 2021). En el marco de estos eventos, entonces, se insiste en la necesidad de exigir que los gobiernos e instancias públicas ofrezcan alternativas accesibles a las personas menstruantes y con perspectiva de género y clase (Goodwine, 2021; Sánchez y Sánchez, 202; Harrison y Tyson, 2023). De modo que es posible ver cómo esta controversia entrelaza numerosos factores (corporales, jurídicos, políticos, éticos, etc.) y la forma en que los cuerpos afectan y son afectados en diversos planos de la realidad, con múltiples materialidades en juego.

En nuestros hallazgos, se aprecia la influencia que tuvo la ley en las prácticas de gestión menstrual. Una abogada de 58 años señaló al respecto: “Debido a que paso más tiempo en casa, tengo posibilidad de tener sangrado libre y eso me hace sentir muy bien, es decir, me siento mejor cuando no tengo que usar ni tampón, ni toalla, ni copa menstrual. Sin embargo, cuando requiero salir, sigo usando tampón generalmente y en este par de

meses que van del 2021, no encuentro tampones a la venta en tiendas de autoservicio por la prohibición que se dio respecto al uso de plástico”. Asimismo, una estudiante de doctorado de 33 años indicó que: “El hecho de no encontrar tampones por la ley de residuos me ha hecho sentir incómoda y molesta pues ya no encuentro el producto que usaba antes”.

En la misma línea, una profesora de preescolar de 36 años comparó también: “[...] me siento afectada por la nueva Ley de la Ciudad de México contra los plásticos de un solo uso. No sabía de la prohibición de los tampones con aplicador, que son prácticamente todos los que vendían en farmacias. Ahora que solo puedo usar toallas es un desastre, me tengo que estar cambiando de ropa interior y pantalón a cada rato”. Para algunas mujeres, el uso de otras alternativas en la gestión menstrual se debió, más que a una conciencia ecológica, a una necesidad: “[...] me quedé sin copa menstrual un ciclo y fue mucho problema disponer de tampones. Practiqué sangrado libre pero no por convicción sino porque hay escasez”. Además, es interesante destacar que el contexto pandémico incentivó otras prácticas no contaminantes, como respondió otra estudiante: “[...] sí me preocupaba ir por productos y sentir el miedo de contagiarme o que se agotaran por otra gente comprando por si acaso, pero siento que ya se está tomando más en cuenta este tema y ya harta gente ha estado descubriendo alternativas para los productos desechables más sustentables y ecológicas”.

Desde una perspectiva sociotécnica, es importante relacionar cómo una ley sobre residuos afecta en la circulación de artefactos, a los cuerpos y a su sentir. Controversias jurídicas y ambientales tienen diversos impactos en las prácticas de gestión menstrual, los que pueden acrecentar condiciones de desigualdad. Pero, al mismo tiempo, también es cierto que las propias mujeres encuestadas aluden a una necesidad de replantearse formas de gestión de la menstruación menos contaminantes y de desarrollar una mayor conciencia ecológica. Así lo señaló una estudiante de licenciatura de 23 años: “Me acostumbré a utilizar la copa menstrual y estoy muy feliz, porque no me he manchado o tenido accidentes, y aunque fuera así, me encuentro

en mi casa y me siento muy segura. Aparte que cuido al planeta no usando plásticos de un solo uso”. En el mismo sentido, otra participante sostuvo: “Tener la oportunidad de conocer la copa menstrual, creo que de no haber estado en casa, hubiera tenido mucho miedo de usarla por primera vez y ahora es mi producto de gestión y quiero combinarla con toallas ecológicas”. En suma, ciertas condiciones económicas y materiales posibilitaron nuevas prácticas en relación con artefactos alternativos, aunque no necesariamente sin tensión.

CONCLUSIONES

En este artículo, presento los alcances teórico-metodológicos de un enfoque sociotécnico con perspectiva de género y feminista para rastrear las prácticas de gestión menstrual, con especial énfasis en su dimensión material. Este enfoque permite, como se ha señalado a lo largo del texto, entender los cuerpos en relación con los artefactos y sus condiciones de habitabilidad (Latour, 2021) y co-habitabilidad ecológica, de ahí la relevancia para el análisis de las prácticas examinadas. A su vez, esta perspectiva facilita la comprensión de la multiplicidad (Mol, 2021) de aspectos materiales asociados a los artefactos, ya sea como condición de la práctica misma, como producto fabricado en laboratorio, como desecho en el bote de basura o en el vertedero de la ciudad, o incluso como residuo plástico en la fauna marina.

En la medida en que un enfoque praxeológico cuestiona la idea del voluntarismo de un actor o actriz y, en cambio, pone atención en lo que es posible *hacer o dejar de hacer*, es que ese ángulo analítico ayuda a entender el papel de las condiciones materiales (físicas, económicas y tecnológicas) para el desarrollo de prácticas ecológicas, así como aquellas condiciones que las dificultan o impiden. En ese sentido, la controversia revisada destaca la complejidad de análisis y la necesidad de perspectivas relacionales como la TAR para tomas de decisión frente a la crisis medioambiental y la viabilidad de ciertas prácticas ecológicas.

Asimismo, un enfoque sociotécnico permite descentrar la responsabilidad individual ante la crisis climática y más bien traslada la atención a la red de asociaciones y asimetrías implicadas, tanto por un orden de género como por la clase social, pero, sobre todo, por un orden macroeconómico como el capitalismo, con un impacto ecológico irreversible que erosiona las condiciones de habitabilidad y co-habitabilidad de cuerpos que afectan y son afectados. En suma, el enfoque sociotécnico es un aliado para la discusión de la llamada época del Antropoceno o, mejor, Capitaloceno, con enfoque feminista⁵. Lo anterior dado que, como señala Donna Haraway (2019, p. 89), “el Capitaloceno debe ser desecho de manera relacional para poder componer algo más vivible”.

5 Retomo la distinción que propone Donna Haraway respecto al Antropoceno y Capitaloceno. El primero refiere a los efectos de las actividades humanas sobre la Tierra. La autora (2019, p. 83), sin embargo, se decanta por el segundo, dado el impacto del capitalismo sobre el planeta, sus especies y la nuestra.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ, N. Y LOEZA, N. (2021). La vida en rojo. Diagnóstico sobre gestión menstrual en las mujeres y personas que integran las poblaciones callejeras. COPRED.
- BOBEL, C. (2020). Introduction: Menstruation as Lens-Menstruations as Opportunity. En Bobel, C., *et al.* (Eds.). *The Palgrave Handbook of Critical Menstruation Studies*, (pp. 1-5). Palgrave Macmillan.
- BOBEL, C., WINKLER, I., FAHS, B., HASSON, K.A., KISSLING, E.A. Y ROBERTS, T. (EDS.) (2020). *The Palgrave Handbook of Critical Menstruation Studies*. Palgrave Macmillan.
- DESPRET, V. (2008). El cuerpo de nuestros desvelos. Figuras de la antropozoo-génesis. En Sánchez Criado, T. (ed.), *Tecnogénesis. La construcción técnica de las ecologías humanas. Vol. 1.* (pp. 23-261). AIBR.
- DESPRET, V. (2018). ¿Qué dirían los animales si les hiciéramos las preguntas correctas? Cactus.
- DOMÍNGUEZ RUBIO, F. (2008). La cuestión del objeto como cuestión sociológica. En Sánchez Criado, T. (ed.), *Tecnogénesis. La construcción técnica de las ecologías humanas. Vol. 1.* (pp. 81-112) AIBR.
- ENDUTIH (2022). *Encuesta Nacional sobre Disponibilidad y Uso de Tecnologías de la Información en los Hogares*. INEGI <https://www.inegi.org.mx/programas/dutih/2022/>. Última consulta 18 de mayo del 2024.
- FELITTI, K. (2016). El ciclo menstrual en el siglo XXI. Entre el mercado, la ecología y el poder femenino. *Sexualidad, Salud Y Sociedad* (Rio De Janeiro), (22), 175–208.
- FRIPPIAT, D. Y MARQUIS, N. (2010). Web Surveys in the Social Sciences: An Overview. *Population*, 65, 285-311.

- GÓMEZ, E. Y MARCO E. (2020). Desafiando las reglas: articulaciones políticas del activismo menstrual. *Revista Española de Sociología*, 29, 155-170.
- GOODWINE, K. (2021). Mexico City's Tampon Ban <https://www.prindleinstitute.org/2021/02/mexico-citys-tampon-ban/>. Última consulta 8 de julio del 2024.
- HARAWAY, D. (2019). Seguir con el problema. Generar parentesco en Chthuluceno. Consonni.
- HARRISON, M. Y TYSON, N. (2023). Menstruation: Environmental impact and need for global health equity. *Int J Gynecol Obstet*, 160: 378-382.
- HETHERINGTON, K. (2020). How can ANT trace slow-moving environmental harms as they become eventful political disruptions?. En Blok, A.; Farías, I. y Roberts, C. (Eds). *The Routledge Companion to Actor-Network Theory*, (pp. 328-333). Routledge.
- JOHNSTON-ROBLEDO, I. Y CHRISLER, J. (2013). The Menstrual Mark: Menstruation as Social Stigma. *Sex Roles* 68, 9-18.
- KUKSO, F. (2019). Odorama. Historia cultural del olor. Taurus.
- HASSON, K. (2020). Introduction: Menstruation as Material. En Bobel, C., et al. (Eds.). *The Palgrave Handbook of Critical Menstruation Studies*, (pp. 669-671). Palgrave Macmillan.
- HENNION, A. (2017). De una sociología de la mediación a una pragmática de las vinculaciones. Retrospectiva de un recorrido sociológico dentro del CSI. *Cuestiones de Sociología*, 16, 1-23.
- INEGI (2020). "Escolaridad", <https://cuentame.inegi.org.mx/poblacion/escolaridad.aspx?tema=P>. Última consulta 18 de mayo del 2024.
- LAW, J. Y A. MOL. (1994). Notas sobre el materialismo. *Política y sociedad*. 14/15, 47-57.

- LATOUR, B. (1995). *Pasteur. Una ciencia, un estilo, un siglo*. Siglo XXI editores.
- LATOUR, B. (1998). La tecnología es la sociedad hecha para que dure. En Domènech, M. y F. Tirado (comps.), *Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad* (pp. 109-141). Gedisa.
- LATOUR, B. (2002). Body, cyborgs and the politics of incarnation. En Sweeney, S. y I. Hodder (eds.), *The Body*, (pp. 127-141). Cambridge University Press.
- LATOUR, B. (2004). How to Talk About the Body? the Normative Dimension of Science Studies. *Body & Society*, 10, 205-229.
- LATOUR, B. (2007). Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica. Siglo XXI editores.
- LATOUR, B. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Manantial.
- LATOUR, B. (2017). *Lecciones de sociología de las ciencias*. Arpa.
- LATOUR, B. (2021). *¿Dónde estoy? Una guía para habitar el planeta*. Taurus.
- LEZAUN, J. (2019). La teoría del actor-red. En Benzecry, C.; Krause, M. y Ariail, I. (Coords) *La teoría social, ahora. Nuevas corrientes, nuevas discusiones* (pp. 349-383). Siglo Veintiuno Editores.
- LEYVA, A. Y MALDONADO, B. (2021). *Periodo tras las rejas*. COPRED.
- LOW K. (2009). *Scents and scent-sibilities: smell and everyday life experiences*. Cambridge Scholars Publishing.
- MARROQUIN, J., KIOMOURTZOGLO, M., SCRANTON, A. Y POLLACK A. (2024). Chemicals in menstrual products: A systematic review. *BJOG*. 131, 655-664.

- MOL, A. (2021). El cuerpo múltiple. Ontología de la práctica médica. Universidad de los Andes.
- MCHUHG, M. (2020). Menstrual Shame: Exploring the Role of ‘Menstrual Moaning’. Bobel, C., *et al.* (Eds.). *The Palgrave Handbook of Critical Menstruation Studies* (pp. 409-422). Palgrave Macmillan.
- OUDSHOORN, N. Y PINCH, T. (2003). Introduction. How Users and Non-Users Matter. En Oudshoorn, N. y Pinch, T (Eds.). How Users Matter. *The Co-Constructon of Users and Technology* (pp. 2-25). The MIT Press.
- PELÁEZ, C. (2022). Contra viento y marea. Análisis de controversias de la pesca industrial del camarón. En Rodríguez-Medina, L., Ángeles, P., y Girola, L. (Eds.) *La teoría del actor-red desde América Latina*, (pp. 333-369). El Colegio de México.
- POPITZ, H. (2019). *Fenómenos del poder*. Fondo de Cultura Económica.
- RAMÍREZ, R. (2012). Mujeres en círculo. Espiritualidad y corporalidad femenina. Bonilla Artigas.
- RECKWITZ, A. (2002A). The Status of the Material in Theories of Culture: From “Social Structure to Artefacts”. *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 195-217.
- RECKWITZ, A. (2002B). Toward a Theory of Social Practices. A Development in Culturalist, *Theorizing. European Journal of Social Theory*, 5 (2) 243-263.
- SABIDO RAMOS, O. (2022A). Reensamblar los sentidos del cuerpo. Aportes de la TAR al análisis relacional y material de la sensorialidad. En Rodríguez-Medina, L., Ángeles, P., y Girola, L. (Eds.) *La teoría del actor-red desde América Latina* (pp. 235-269). El Colegio de México.

- SABIDO RAMOS, O. (2022B). Period Stain and Social Evaluation. The Performance of Shame. *Sociologica*, 16(2): 53-73.
- SABIDO RAMOS, O. (2022C). The social form of secret. Gendered bodies, senses and menstruation. *Digitum*, (28): 1-11.
- SALINAS, FRANCISCO J. (2024). Hilando a Bruno Latour: inscripciones, monstruos, híbridos y metamorfosis. *Revista Internacional de Sociología*. 82(1): e243.
- SÁNCHEZ, A. Y SÁNCHEZ, S. (2021). Por una menstruación digna y una gestión sustentable. Disponible en URL: <https://medioambiente.nexos.com.mx/por-una-menstruacion-digna-y-una-gestion-sustentable> Última consulta 18 de mayo del 2024.
- SUÁREZ, D., BELLI, L., MILEO, A. (2023). Ghosteo epistémico: el borramiento del activismo feminista a través de su institucionalización y mercantilización en el activismo menstrual argentino. *Debate Feminista* (67): 1-32.
- SERENDIPIA (2021). Menstruación digna en México ¿Qué es? <https://serendipia.digital/datos-y-mas/menstruacion-digna-en-mexico/c>. Última consulta 21 de agosto del 2022.
- SYNNOTT, A. (2003). Sociología del olor. *Revista Mexicana de Sociología* (65), 431-464.
- TARZIBACHI, E. (2017). *Cosa de mujeres*. Penguin Random House Grupo Editorial Argentina. Edición de Kindle.
- TARZIBACHI, E. (2020). The Modern Way to Menstruate in Latin America: Consolidation and Fractures in the Twenty-First Century. En Bobel, C., et al. (Eds.). *The Palgrave Handbook of Critical Menstruation Studies* (pp. 813-851). Palgrave Macmillan.

- UNICEF, (2021). <https://mexico.ureport.in/opinion/4586/>. Última consulta 18 de mayo del 2024.
- VAN OOST, E. (2003). Materialized Gender: How Shavers Configure the User's Femininity and Masculinity. En Oudshoorn, N. y Pinch, T (Eds.). *How Users Matter. The Co-Constructon of Users and Technology*. (pp. 193-208) The MIT Press.
- WINNER, L. (2008). ¿Tienen política los artefactos? La ballena y el reactor: Una búsqueda de los límites en la era de la alta tecnología (pp. 25-47). Gedisa.

AGRADECIMIENTOS

Mi especial gratitud y reconocimiento a Francisco Salinas y Liliana Ramírez Ruiz por sus valiosos comentarios a versiones previas de este texto. También quiero hacer un agradecimiento especial a quienes dictaminaron el artículo, por su lectura exhaustiva y por las invaluableles sugerencias realizadas. Finalmente, agradezco la confianza de todas las personas que respondieron la encuesta.

SOBRE LA AUTORA

Olga Sabido Ramos es socióloga. Doctora en Ciencias Políticas y Sociales con orientación en Sociología por la UNAM y profesora-investigadora del Departamento de Sociología en la UAM-Azcapotzalco. Sus líneas de investigación abarcan las teorías sociológicas relacionales, la sociología de las emociones, de los sentidos y las epistemologías feministas. Entre sus últimas publicaciones, destaca el artículo “Por una sociología política de la percepción. Estilos de atención feminista en tiempos de actitud *blase*” (2024). Actualmente participa, junto con Paula Soto, como responsable de un proyecto de investigación en colaboración con la Universidad de Brighton, Reino Unido, titulado “Transformando los paisajes transnacionales de la violencia basada en género a través de narraciones trans-sensoriales”. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores e Investigadoras de México, Nivel 3.